

LLUVIA
DE
ALMENDRAS

GUILLERMO SÁNCHEZ MARTÍNEZ



LLUVIA



DE

ALMENDRAS



algaida



Primera edición: 2021

© Guillermo Sánchez Martínez, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-513-8

Depósito legal: SE. 941-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I	Las aves del paraíso.....	13
II	Moluquía, la hoja del Tamarindo	27
III	La fiesta de los espíritus.....	39
IV	La batalla del cañonazo.....	51
V	El alma de los elefantes	64
VI	Un tritón en el baño.....	77
VII	Un mar de sensaciones.....	84
VIII	La conquista de un lugar en el mundo.....	93
IX	Los dioses hablan por la boca del volcán.....	103
X	Después de la erupción del Gamalama.....	108
XI	El pregón de la muerte.....	115
XII	Un sultán sin reino y un chamán sin suerte.....	122
XIII	La tribu de los hombres sin cabeza	131
XIV	Cera de abejas, aceite de coco y cedro llorón	140
XV	Los descendientes de la ninfa Lambulá	151
XVI	La muerte de Magallanes, según el relato del sobresaliente sanluqueño Diego de Arias.....	164
XVII	La cosquilla y la risa, la muerte y el llanto.....	171
XVIII	Malas rocas, malas flotas y malas compañías	180
XIX	La panza herida de una ballena	192
XX	El primer aplauso de la historia.....	205
XXI	El elixir de la eterna juventud.....	218

SEGUNDA PARTE

XXII	... O un mundo moribundo	231
XXIII	Salsa de almendras	238
XXIV	Los pájaros de la lluvia siempre tienen razón	251
XXV	El destino y los vientos reparten sus cartas	261
XXVI	El último viaje a Cantón.....	269
XXVII	La vista de las águilas hambrientas.....	274
XXVIII	A sangre y fuego.....	281
XXIX	Los espías Zumba y Zambo y los papagayos Cathara y Nori	293
XXX	Como mosquitos atrapados en el ámbar	306
XXXI	Cañonazos que suenan a sacabuches desafinados	311
XXXII	Palo Santo, mar y libertad.....	317
XXXIII	El lenguaje de las aves, las aguas y las algas	324
XXXIV	La caldera de Pedro Botero	336
XXXV	El reencuentro.....	346
XXXVI	Dios no quiso esta guerra.....	355
XXXVII	Las tres muertes de Hernando de Bustamante	367
XXXVIII	La crónica de un mundo perdido.....	382

*A Guille, mi querido pirata
del país de Nunca Jamás*

PRIMERA PARTE

LAS AVES DEL PARAÍSO

AL VER LLOVER ALMENDRAS SOBRE LA PLAYA, REINALDO DUARTE supo que había llegado tan lejos que ya solo eran posibles dos cosas: dar la vuelta o quedarse. Las olas parecían susurrar palabras malayas de bienvenida y el viento se desplomaba sobre la arena negruzca como un viajero cansado, como si aquella lejana isla fuese el último destino posible del mundo, y en cierto modo lo era, porque en ese preciso punto de los mapas confluían el este y el oeste.

Nunca estuvo antes en esa isla y, sin embargo, la reconoció como el escenario de algunas de sus lecturas juveniles. Reinaldo Duarte no atisbaba señales de vida, ni huellas visibles de los cíclopes que andaban boca abajo, ni de los gigantes de orejas tan grandes que sobre una se acostaban y con la otra se guarecían del frío en las noches de invierno, ni de las águilas gigantescas que volaban con bueyes bajo sus fabulosas garras, ni de esos monstruos que se alimentaban con el olor de las frutas, andaban a pie cojo y veían lo que ocurría a decenas de millas de distancia con el ojo que tenían sepultado en el centro del pecho... Porque esas criaturas asombrosas solo existían en los libros. Tal vez por eso sintió cierta nostalgia, por primera vez en mucho tiempo, de la biblioteca de su tutor, maese Queirós, y de aquellos anaqueles que desprendían un aroma a polvo de búcaro y estaban repletos de historias hermosas por la imaginación, de leyendas inspiradas por el deseo de aventura, de volúmenes ilustrados con grabados y mapas que dibujaban el norte, abajo, y el sur, arriba...

Al despedirse en el puerto de Lisboa, Reinaldo recibió de la mano de maese Queirós una vieja carta náutica portuguesa del sudeste asiático y un huevo de avestruz que imitaba la forma de un globo terráqueo, basado en los primigenios mapas de Megástenes, embajador indio del principal beneficiario del imperio de Alejandro Magno, Seleuco Nicátor. En la parte inferior del huevo podía distinguirse aquel puñado de islas, arremolinadas como dados lanzados desde el firmamento para salpicar los mares del sur, bajo un saliente denominado Malaca y unas letras cursivas que se unían a duras penas en el espacio de una ña para advertir que aquella era «la tierra de los dragones». Tal vez Megástenes quiso referirse metafóricamente a las fauces de un mar sediento de aventureros temerarios o a las llamaradas de fuego que lanzaban los temperamentales y voluptuosos volcanes de sus islas, pero lo cierto es que Reinaldo creyó navegar durante mucho tiempo bajo la amenaza de dragones verdaderos.

Su embarcación era como una cascarita de nuez; tenía un forro externo de un dedo de grueso, una tela de algodón, una estera dorada a modo de velamen y una bandera que no podía parecerse a ninguna otra reconocible porque estaba hecha de plumas de papagayo, que se desplegaban en la dirección de los céfiros reinantes con su extensa gama de brillantes amarillos, rojos intensos, celestes desvaídos y verdes alimonados. En realidad, la oriflama no servía de distintivo, sino de brújula. O así lo entendían los marineros malayos que componían su tripulación, porque aquellas plumas se erizaban de miedo ante las cercanías de los tifones y avisaban de amenazas invisibles a los ojos de los humanos, como si el papagayo del que procedían estuviera todavía sin desplumar, vivito y coleando.

El lugarteniente de Reinaldo se llamaba Tago y preveía la dirección de las corrientes y de los vientos basándose en la paciente observación del comportamiento de las algas marinas. Juntos cruzaron el estrecho de Salang y, tomando como referencia las costas orientales de Sumatra y Java, sortearon los arrecifes coralinos de Lombok, Sumbawa y Solor y bordearon las islas de Banda y Lucapino, sin ceder a la tentación de fondear en ellas, como si de espejismos se trataran, a la espera de la presencia de las brisas amigas que prometieran la llegada al reino de las especias. Daba gusto ver a ese

prao malayo deslizarse sobre la espuma de las olas, con el flotador exterior a barlovento, levantado como si estuviera a un suspiro de volcarse. Las bravas embestidas de un mar rizado y hosco ponían a prueba la fortaleza de las lianas que unían las cuadernas a las láminas centrales, sobre las que solo podía andarse a tientas y empellones cuando las olas se encrespaban. A veces el viento mugía con fuerza y, a su paso, acariciaba las rugosidades de las blancas conchas de cauri que decoraban la superficie de los troncos, componiendo una mágica música que invitaba a los remeros malayos a cantar las viejas canciones que les habían enseñado sus padres y sus abuelos, con estribillos repetitivos de ensalmos y jaculatorias que espantaban a las brujas que causaban los naufragios.

Reinaldo y su tripulación resistieron semanas de navegación a base de vino con jengibre, hígado de tiburón y cazabe, un bizcocho duro pero imperecedero e inmune a los gusanos que Tago había comprado en la isla de Ambon. Tago era siempre, y en todo lugar, un ejemplo para los demás cuando escaseaban los víveres, hasta el punto de beber su propia orina o invitar a succulentas raciones de algas para succionar a sorbitos el agua dulce que retenían. Si apretaba el hambre, se hacía un corte en su dedo índice para que su sangre, fría como la de los reptiles, sirviera de señuelo a los escualos. Más de una vez, con sus propias manos, se le vio subir a bordo tiburones, como si de náufragos se trataran, con la ayuda de una manta y un elemental arpón que luego le servía para arrancarles su sabroso y nutritivo hígado.

Ya desde la playa de Tidore, Reinaldo se tomó un respiro para contemplar, de un solo golpe de vista, aquel paisaje de vivaces colores, orlado por los destellos de esmeralda de la selva, en perfecta armonía con el color cerúleo del mar y el oscuro cinturón de nubes ceñidas a los grisáceos riscos que presagiaban la cónica presencia del Kiematabu, el volcán dormido de la isla. De repente llamó su atención la algazara de una turba de mocosos desnudos que corrían por la arena oscura, imitando onomatopeyas de alimañas y aves nocturnas, el ulular de los búhos, el croajar de los cuervos, los graznidos del grajo y los carreteos de las cotorras. Los niños pretendían atrapar al vuelo los regalos que parecía mandarles el cielo. Reinaldo frunció el ceño y se pellizó ambas mejillas para comprobar que

aquella deslumbrante visión no era fruto de una alucinación causada por el cansancio del viaje, pero sus ojos no le mentían: llovían almendras. Alguna vez había visto caer al suelo saltamontes o renacuajos empujados por las lluvias de los monzones, pero esta vez se trataba de una pertinaz y sobrenatural lluvia de almendras, ovaladas y exorbitantes como bellotas; almendras derramadas sobre una playa del color de la ceniza, como si de un pastel de azúcar morena se tratara; maná que sus dioses regalaban a sus hijos al atardecer, a manera de merienda o quizás de algo más, de una mística comunión con la prodigiosa naturaleza.

—Los dioses nos mandan almendras —dedujo Reinaldo.

—No son los dioses, sino las aves del paraíso, pero ellos todavía no lo saben... —contestó Tago.

—¿Las aves del paraíso escupen almendras...?

—Son aves del paraíso que cada tarde, al ponerse el sol, salen en estampida de los islotes cercanos, sobrevuelan la playa, ocultas por encima de las nubes, y dejan caer desde sus buches las últimas almendras que no se pudieron comer...

—Sabré guardar el secreto, Tago.

—Sería menester...

—Ordene a los hombres que cubran las mercancías con hojas de palma y establezcan turnos de guardia para la noche.

Los nativos ya empezaban a rodearles por todas partes. Les ofrecían gallinas, cocos, higos, granadas, guayabos, piñas, bananas y ajonjolí, y les proponían precios de intercambio por los cuchillos, las tijeras, las cuentas de vidrio y otras buhonerías. Reinaldo asociaba a la felicidad esa mezcolanza de delicadas fragancias que dejaba el prao a su paso: madera de sándalo de la isla Timor, goma de benjuí de las Célebes, canela de Ceilán y jengibre y pimienta de Malabar... La playa había tomado cierto aire de verbena de pueblo. Los marineros malayos —predominaban los malayos y así les llamaban, de manera genérica, pero también había javaneses y tamiles— trasladaron la embarcación bajo las ramas oscilantes de una palmera, que servía de frontera natural entre la arena y la selva. Luego abrieron sus cestas de mimbre, se pintaron en las caras unas verticales rayas azules y negras con nuez de betel picada y una pizca de sal, se untaron en sus

cuerpos desnudos una menta odorífica bañada en aceite de coco y declamaron unas frases ininteligibles. Cuando daban por terminado el ritual, ya se sentían transformados en hombres irresistibles a la vista y el olfato de las jóvenes nativas. Era un buen momento para llegar a Tidore, decían, porque aquella isla estaba habitada en ese momento solo por niños y por viejos. Los hombres estaban ocupados en una expedición que casi alcanzaba la categoría de ceremonia, destinada a reforzar los lazos entre las islas de los mares del sur, que duraba semanas, a veces meses, y consistía en el intercambio de gargantillas, pulseras, pendientes y collares.

Junto a Reinaldo y Tago vinieron a juntarse unos muchachos que trazaban con leños en la arena un círculo gigantesco y se introducían en él para retarse a combatir con campilanes de madera. El juego tenía dos reglas: no se podía pisar la raya trazada y había que sostenerse sobre una sola pierna, recogiendo la otra sobre los glúteos. Estaban empezando a molerse a palos, cuando unas jóvenes nativas llegaron con aromáticos brebajes recogidos en recipientes de porcelana con los que hacían sus unciones a vencedores y vencidos. El premio y la consolación resultaban igualmente reconfortantes.

Poco después se presentó en la playa el ministro, Quichil Rak, un tipo esquelético, de rala y canosa barba, que anunció la presencia del sultán Almanzor para la primera hora de la mañana siguiente y advirtió a Tago que no debían merodear por la noche los alrededores del palacio si no querían correr el riesgo de ser decapitados. Al parecer, los soldados del cuerpo de guardia estaban en permanente estado de alerta porque el sultán tenía fama de ser un eminente astrólogo y pasaba las noches claras en vela, escrutando el firmamento desde su azotea, leyendo los ocultos mensajes de las estrellas, que conocía por sus nombres y localizaba a cualquier hora y en cualquier estación del año.

Quichil Rak fijó la equivalencia de las mercancías en libras de clavo, con la anuencia de Reinaldo y Tago. El ministro reservó una decena de campanas de bronce y platos de porcelana para regalos a invitados ocasionales y embajadores de reyezuelos de otras islas. Sin embargo, lo que más pareció llamarle la atención fue un lote de espadaría, compuesto por dagas pequeñas y afiladas y unos pesados alfanjes de anchas hojas y curvas orientales que se forjaban en las

islas de Sula y Butra. Tago y el ministro no parecían hablar de negocios sino de sentimientos o al menos eso podía deducirse del tono melodioso, rítmico y dulce de aquel dialecto malayo, transmitido de padres a hijos a través de poemas, canciones, ensalmos y conjuros.

—El ministro dice que tardará en pagar.

—¿Cuántos días? —preguntó Reinaldo.

—Veinte lunas, quizá treinta —contestó el ministro de Almanzor, que entendió la pregunta sin necesidad de traducción, agitando tres veces los dedos extendidos de sus dos manos.

—Dice que la recolecta del clavo lleva su tiempo y que no pueden empezar antes de que las puntas de la flor tomen un color rosa anaranjado, ni después de la caída de la corola... —aclaró Tago.

El ministro también se ofreció como intermediario y garante de un cargamento de oropimente y purgantes y otros fortalecedores de la salud quebradiza —solimán, argento y azogue— que había encargado el consejo de ancianos del poblado de la montaña y debía trasladarse, al día siguiente, por una ruta que atravesaba el bosque, la selva y las laderas del volcán. Reinaldo desconocía el uso que aquellos matusalenes podían dar al oropimente, pero tampoco le importaba demasiado si por cada onza de aquellas pócimas cobrizas pagaban una libra de clavo, aunque fuera con treinta lunas de retraso.

Reinaldo había oído decir a unos mercaderes en Goa que aquella isla luminosa de Tidore guardaba en sus adentros el secreto del elixir de la juventud, del que ya había tenido noticias por el *Libro de las maravillas* que había leído en la biblioteca de maese Queirós. Se decía que sus ancianos vivían más de ciento veinte años y que solo ellos decidían el momento de morir, despanzurrándose al lanzarse al mar desde los más altos acantilados, a los cauces secos de los ríos desde los desfiladeros o a la sima más profunda desde el borde del Kiematabu, el volcán apagado... Pero Reinaldo no solía preguntar a sus compradores, ni tampoco le parecía que fuera de su incumbencia en qué tipos de guerras andaban envueltos, ni de qué manera pretendían poner fin a sus vidas, y se esforzaba en estar a la altura de su fama, adquirida con el sobrenombre de «Rei, el navegante», que se había extendido hasta aquellas islas por sus negocios en Borneo con oro, marfil y miel, y por las ventas de sus tinturas y medicinas

exclusivas, apreciadas en aquellas regiones para la limpieza de heridas infectadas y los hechizos amorosos.

Terminadas las negociaciones, Reinaldo y Tago miraron con naturalidad y complacencia a un coro de nativas que canturreaban en cuclillas con los pechos al aire. Una de ellas, la que parecía de mayor edad, de cara ancha, tez bronceada y una mirada algo oblicua, se aproximó bamboleando rítmicamente la tela de finos hilos vegetales que se entrelazaban en su faldellín. «Tunkatu», se presentó, y ofreció una escudilla de puré de tallo de palmas, que presentaba la apariencia de una pastilla rojiza de jabón que se hubiera desleído en agua, y una especie de leche batida y espumosa sobre la que Tago previno a Reinaldo.

—Hay muchos tipos de licores de palma y a veces las nativas los mezclan con yerba viva.

—¿Yerba viva...? —preguntó Reinaldo.

—Extractos que incitan al deseo.

—¿Más fuerte que el licor de caña de bambú? —la pregunta coincidió con su primer trago largo y Tago entendió que ya resultaría inútil cualquier advertencia, sobre todo cuando le vio bajar la cabeza para recibir de Tunkatu un collar de conchas a modo de bienvenida.

Reinaldo se despertó a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza. No podía saber si se trataba de una alucinación, de una pesadilla o de una muestra más de la superlativa naturaleza de aquella isla, pero lo último que recordaba era sentirse rodeado, en la oscuridad de la noche, por una procesión de cangrejos ermitaños que agitaban sus pinzas con gusanos, almejas y restos de coco.

Con las primeras luces del alba se declaró en el borroso horizonte un incendio de chispeantes colores. El pueblo se despertó con un sonido de tamboriles y un tintineo de mazos al chocar con vasijas de bronce que anunciaban la presencia del fabuloso séquito del sultán, con su catarata de esposas e hijos de diferentes madres, sus correspondientes sobrinos y nietos, y una nutrida cohorte de sirvientas jorobadas. En Europa no existía un solo rey que tuviera tantos lacayos a su servicio; en cualquier caso, un ejército de asistentes de esa naturaleza no guardaba proporción alguna con el reino de una isla

de diez mil habitantes en total, cuyo perímetro podía recorrerse a pie en un solo día. Ni siquiera podría justificarse tanta pompa y boato con las razones históricas y mitológicas que entroncaban con la genealogía del sultán Almanzor, procedente de un linaje de gobernantes nacidos del huevo de una serpiente y una ninfa que bajó a la tierra para bañarse en el río y no pudo regresar al mundo superior porque se enamoró de un nativo que le cortó las alas.

Almanzor profesaba la religión musulmana, como las tres últimas generaciones de una dinastía que había tratado con mercaderes árabes que comerciaban con especias. Sin embargo, ningún rajá impuso en la isla la práctica de su propia fe, ni tampoco podría haberlo hecho en el interior de la isla, donde concedían desde tiempo inmemorial un alma y una vida propias a las maravillas que tenían al alcance de la vista.

El sultán venía tocado con un pomposo turbante, adornado con guirnaldas de flores azuladas y un extraño velo que adoptaba la figura de una mitra. Caminaba descalzo, bajo una sombrilla de seda tan pequeña que no podía abarcar su figura corpulenta, y jugueteaba como un funambulista sobre el caprichoso borde que dibujaba la marea en la arena de la playa, obligando a la comitiva a una especie de danza grotesca. Lucía una túnica de seda atiborrada de bordados dorados, y por encima una amplísima camisa de tela blanca anudada a un faldellín con estampados de figuras misteriosas e indefinibles que debían haberle regalado comerciantes llegados de tierras lejanas. El sultán tenía una favorita, pero disponía de un harén de más de treinta esposas a las que gustaba satisfacer, a veces en el transcurso de una sola noche, de modo que estaba vivamente interesado en el polvo de cuerno de rinoceronte y una mezcla de aceites, incienso molido y resinas de drago conocida como sangre de dragón, sustancias muy cotizadas por su poder como afrodisiacos y por su uso en distintos sortilegios sexuales.

Quichil Rak les mostró el rasero de la joroba de sus sirvientas para indicarles la altura máxima desde la que podrían levantar la cabeza para hablar al sultán. Estas mujeres jorobadas llevaban en sus manos cofres dorados con nueces de betel, que Almanzor masticaba a todas horas, y recipientes de porcelana rebosantes de agua para que tuviera siempre limpias las manos, que resultaban ser re-

presentaciones simbólicas de su conciencia. Las asistentes eran destinadas al servicio real antes de nacer y cuando dejaban de ser niñas, el chamán les quebraba el espinazo con una depurada técnica de golpes sin causarles la muerte o la parálisis para que así mostraran el resto de sus días, sin esfuerzo alguno, la inclinación y el respeto debidos a su señor. Las sirvientas contrahechas ofrecieron a Reinaldo y Tago las nueces de betel y el sultán sonrió, mostrando la coloración rojiza que el betel dejaba en sus encías con una mueca fantasmagórica.

—¿Habéis traído mis plumas de manucodiata? —así llamaba Almanzor a las aves del paraíso.

Reinaldo hizo un gesto para que uno de los marineros de su tripulación le acercara un cofre de madera de nogal y boj. Almanzor abrió el arca y tomó en alto el pájaro muerto para apreciar sus colores al trasluz, como si contemplara el arcoíris: su cuello amarillento, su garganta verdosa, su pecho aterciopelado y oscuro... Luego separó las plumas oscuras de la cola, parecidas a las de un peine de ámbar, y desplegó minuciosamente el penacho de colores iridiscentes, desde el anaranjado al rojo escarlata, pasando por el magenta. La comitiva exhaló una especie de exclamación coral. La manucodiata estaba impoluta, olía a flores silvestres y conservaba el brillo y los matices que tuvo en vida, cuando fue abatida en las ramas de un árbol de la selva de Sulawesi. Los marineros malayos las cazaban con un golpe de mazo; no podían usar flechas, hachas u objetos punzantes porque las aves eran consideradas reencarnaciones de antepasados que renacían en el paraíso; se alimentaban del néctar de las flores y el rocío de la mañana, y pasaban toda la vida volando sin descansar, planeando sobre las nubes, aun estando dormidas, sin posarse en el suelo o en las ramas hasta que desfallecían y caían al suelo. Reinaldo no quería ni imaginar la reacción de los tidoreses si supieran que las aves del paraíso estaban detrás de las providenciales lluvias de almendras y que no morían cansadas de volar, sino como consecuencia de los mazazos secos de los cazadores... Pero en las islas Molucas pagaban su precio en oro por su valor de reliquias en tiempos de paz y de talismanes en tiempos de guerra. Por eso Almanzor volvió a esbozar su sonrisa rojiza, guardó su ave del paraíso en el cofre de nogal y boj, abrazó a Reinaldo y Tago, les dio las gra-